

PREGÓN SEMANA SANTA 2023
HIGUERA LA REAL

TOMASI CAMACHO MORO

VIERNES, 31 DE MARZO DE 2003

SALUDO Y AGRADECIMIENTO

Señor de la Humildad y María Santísima de los Dolores, en primer lugar quiero pedirlos perdón y daros las gracias: perdón por el atrevimiento de aceptar pregonar a los cuatro vientos el misterio de dolor y esperanza que vivisteis hace más de dos mil años y que constituye la celebración central de nuestra fe, y gracias, por darme la fuerza necesaria para poder estar aquí esta noche detrás de este atril, consciente de que no puedo poner en vuestras manos sino mi humilde disposición.

Señor cura párroco, don José, titular de nuestra parroquia Santa Catalina Mártir; nuestro párroco emérito, don Paco; señor Mayordomo y Junta de Gobierno de la Hermandad Sacramental Santa Vera-Cruz; Santísimo Cristo de la Humildad y María Santísima de los Dolores; representantes de las diferentes hermandades de nuestro pueblo, autoridades, familiares, amigos y hermanos todos en el Señor, presento a todos mi respeto, agradezco vuestra presencia y confío en que juntos hagamos de este acto una auténtica experiencia de oración y fraternidad.

Juan Ramón, muchas gracias por tus generosas palabras hacia mi persona.

Para mí es todo un honor y una enorme responsabilidad estar aquí, delante del Señor de la Humildad, como pregonera de la Semana Santa que vamos a vivir. Apenas he superado la sorpresa que me causó la propuesta, que llegó a ruborizarme, porque siempre he pensado que estos actos son para personas con gran formación académica, dotes de oratoria e incluso estilo poético, y como bien conocéis no creo poseer ninguna de estas cualidades. Pero con el apoyo e ilusión de mi familia acepté el reto y aquí estoy, porque el propio Jesús, según nos cuenta san Mateo, alabó al Padre por haber escondido ciertas cosas a los sabios y entendidos del mundo, y se las reveló a los que son como niños. Desde esa inocencia, sin saber qué decir, llevé días haciendo borradores y tratando de sacar lo mejor de mí y sé que “mi Vecino”, el Señor de la Humildad y Nuestra Madre María Santísima de los Dolores, me van a ayudar a poderles transmitir esta noche mis ideas y sentimientos.

I

En Higuera la Real nos conocemos todos, y no voy a hacer una cronología de mi vida: pero sí decirles, para los que no me conozcan, que nací y crecí en el seno de una familia sencilla, generosa, humilde y cristiana. Mis padres, Alejandro y Carmen, los dos están en el cielo y desde allí nos ayudan a mantener los principios y valores que nos transmitieron a lo largo de sus vidas, gracias a los cuales hemos ido afrontando con alegría las circunstancias de la vida, casi nunca fáciles.

Como sabéis, siempre he vivido en la calle La luz, nº 22, a unos pocos metros del Señor, al que me referí antes como “mi Vecino”, y sí, habéis oído bien, tengo una anécdota al respecto. Siendo una niña de siete u ocho años, un día, hablando con mi abuela, le dije: “Abuela, si todos los que vivimos en la calle somos vecinos, el Señor que vive al final de la calle, ¿Él es también nuestro vecino?”. Mi abuela María del Carmen se quedó pensativa, no esperaba tal pregunta, pero al poco rato me dijo que sí, que éramos vecinos, pero que Él era el mejor de todos.

Por eso desde que nací he estado ligada a este templo de san Bartolomé, donde se encuentra la imagen de nuestro Señor de la Humildad. Mis primeros pasos, sin duda, los di en el paseo que trae a este templo: aquí saltaba y correteaba de niña, aquí he jugado al escondite, a los boliches, a la sogá y a tantos juegos, con mis hermanas Lola y Mamen, y mis vecinos y vecinas, da igual que hiciera frío o calor. Si mi madre me buscaba a mí y a mis hermanas, sabía dónde estábamos: en el paseo del Señor, una tercera generación coge el relevo, mi sobrina Carmen. Y por eso esta iglesia también ha sido testigo de mis primeros pasos en la vida cristiana. Recuerdo cómo mis padres nos enseñaron a rezar y don Antonio, en sus clases de religión, en el colegio, contribuía a aumentar esas oraciones aprendidas en casa. Aún conservo los catecismos que nos aprendíamos de memoria, desde la primera página hasta la última. Y quiero ahora lanzar un saludo al cielo para nuestro querido don Antonio.

Siendo una niña, vestida de blanco, mis padres me trajeron aquí, a este templo, para ir en procesión hasta la Parroquia para recibir mi primera comunión. Y más tarde, de adolescente, con mi madre de madrina, también recibí el Sacramento de la Confirmación. Comenzaba así, casi por naturaleza, una vinculación a la Iglesia que ha marcado toda mi vida, y que comenzó a hacerse más visible cuando don Antonio me propuso, junto a otros compañeros y amigos de la pandilla, ser catequista. Yo me asusté un poco porque no me sentía preparada. Pero mis padres me dijeron que sí, que enseñara lo que ellos me enseñaron a mí y a mis hermanas, y así intenté hacerlo, como quizá recordéis muchos de los que estáis aquí. Han sido muchos los jóvenes a los que he intentado inculcar la Fe Cristiana que aprendí desde niña, jóvenes a los que siempre les he dicho que nunca se escondan de nadie ni tengan miedo de decir que son cristianos, y que vivan su fe desde una profunda experiencia interior y no sean nunca una copia de nadie. También recuerdo con mucho cariño el tiempo que estuve en la Hermandad de Ntra. Sra. del Rosario. Y no puedo dejar de referirme a uno de los momentos más

importante de mi vida, que también tuve la gracia de vivir en esta iglesia, junto al Señor de la Humildad: di el sí más importante de mi vida al unirme en santo matrimonio al que hoy es mi marido, Julio. Junto a él conocí otro pueblo maravilloso, Valverde de Burguillos, y otra familia que a su vez ampliaba la mía y en la que fui acogida como una más, sin olvidarme de mis sobrinos Antonio y María, que junto a Carmen me hacen ver la vida con otros ojos, bendecidos por nuestra madre, Santa María del Valle. Por último, hace unos años entré a formar parte de CÁRITAS PARROQUIAL de nuestro pueblo, formando parte de la directiva. Como sabéis, Cáritas es la confederación oficial de las entidades de acción caritativa y social de la Iglesia Católica en España, y actúa a través de programas de acogida y asistencia, empleo, familia, mayores; también denuncia las situaciones de injusticia, violencia, guerra, invitando a trabajar para construir una sociedad que respete la dignidad de las personas y luche por los Derechos Humanos, actuaciones que se vuelven especialmente necesarias cuando sufrimos barbaries como la guerra de Ucrania, o desgracias naturales como el reciente terremoto de Turquía-Siria.

Cáritas me ha ayudado a comprender el lado revolucionario de la oración, me ha ayudado a conocer situaciones dramáticas que pasan desapercibidas y ante las que solemos mirar para otro lado, me ha ayudado a situarme en el mundo real que vivimos, lleno de contradicciones e injusticias, y a tomar la decisión personal de intentar de todo corazón ayudar a Jesús, que sigue llevando a costas la inmensa cruz de la historia, camino de la resurrección. Y tengo el deber moral de aprovechar este momento para pedir a todos los vecinos de Higuera la Real su solidaridad y colaboración, porque entre nosotros no deja de haber familias necesitadas que son nuestros hermanos y mirarlos a ellos es la mejor forma de mirar al Señor de la Humildad, para que, como dijo el Papa Francisco en su encíclica *Fratelli Tutti*, “frente a diversas y actuales formas de eliminar o de ignorar a otros, seamos capaces de reaccionar con un nuevo sueño de fraternidad y de amistad social que no se quede en las palabras”.

II

La celebración de la Semana Santa no cabe duda de que puede abordarse desde muchos puntos de vista. El regreso puntual del calendario podría convertir en costumbre vacía este acontecimiento de trascendencia universal, más si cabe cuando la mayor parte de la gente valora el descanso de las vacaciones, el reencuentro con la familia, o el atractivo turístico, más que el profundo sentido espiritual que tiene, un sentido espiritual tan importante para los cristianos que la Iglesia lo prepara durante toda la cuaresma, porque sin duda se trata de los actos más significativos del año litúrgico, pero también de la semana en que los cristianos, a la mesa de la eucaristía, a los pies de la cruz y al resplandor de la resurrección debiéramos replantearnos nuestro lugar en el mundo y en la historia.

Los orígenes culturales de la Semana Santa son diversos, pero para los cristianos, estos tienen su base en los evangelios de Marcos, Mateo, Juan y Lucas, libros del Nuevo Testamento. Cada uno de los apóstoles, o sus comunidades, recoge aquí y allá los testimonios de la memoria de aquellos días de Pasión, Muerte y Resurrección de Cristo, tres de los acontecimientos más importantes para el cristianismo. Y los evangelistas no solo hacen un ejercicio de memoria reciente, buscando datos y testigos, sino que tienen en mente todo el Antiguo Testamento judío, el libro del *Éxodo* y los *Profetas*, y las tradiciones judías con las que el propio Jesús ha convivido durante más de treinta años.

Al interpretar los acontecimientos de estos últimos días de Jesús a la luz de las antiguas profecías del judaísmo, sobre todo las de Isaías, y al haber tenido lugar la muerte de Jesús durante la celebración de la Pascua judía, la Semana Santa cristiana vino a significar la prueba definitiva de que el Dios de Israel había cumplido su promesa de enviar un mesías salvador, que proclama su fuerza redentora el domingo de resurrección, tras haber pasado por la muerte y la cruz.

Como antes dije, la Iglesia lo prepara desde el Miércoles de Ceniza, llamado así por el significado simbólico de la ceniza. Era costumbre judía cubrirse de ceniza como signo penitencial, como símbolo de que se estaba dispuesto a la conversión de una mala vida a una vida con Dios. Comienza así un periodo de penitencia que debiéramos entender no solo como un periodo de sacrificios y abstinencias, sino como un tiempo de recogimiento interior, reflexión y oración, unidos a todos nuestros hermanos cristianos de todo el mundo.

Hoy, viernes de Dolores, es otro día de profundo significado religioso, donde recordamos el dolor de la Madre de Jesús, la Virgen María, ante la pasión y muerte de su Hijo. Hasta la reforma litúrgica del Concilio Vaticano II, el viernes inmediatamente anterior al Domingo de Ramos se celebraba la festividad de Nuestra Señora de los Dolores. Tras la reforma, Nuestra Señora de los Dolores pasó a celebrarse el 15 de septiembre, el día siguiente a la fiesta de la Exaltación de la Santa Cruz. Pero en la mente de los cristianos y en la piedad popular ha perdurado el llamar a este viernes así, donde se celebran en muchos pueblos procesiones, septenarios, novenarios, en honor a Nuestra Señora de los Dolores; contemplando la figura de María en la Pasión, acompañando a Jesús en la distancia y sufriendo al pie de la cruz.

Los dolores de María están relacionados con su hijo. Los siete dolores de la Virgen muestran momentos concretos de la vida de Jesús y de su camino hacia la crucifixión y muerte. Los siete dolores son: la profecía de Simeón, la huida a Egipto, la pérdida del Niño Jesús en el Templo, el encuentro con Jesús en la calle de la Amargura, de camino al calvario, la crucifixión, el descendimiento de Jesús muerto de la cruz, y el duelo por la sepultura y la soledad. Así en nuestro Viernes de Dolores contemplamos piadosamente el dolor de una madre por el sufrimiento de su hijo. Contemplamos a una madre sin consuelo, pero que sigue confiando en Dios, convirtiéndose también en nuestra Madre.

III

El **Domingo de Ramos** es una celebración cristiana que conmemora la entrada triunfal de Jesús en la ciudad de Jerusalén, cuando una multitud de judíos lo recibió como el Mesías e hijo de Dios. Según la narración de los evangelios del Nuevo Testamento, Jesucristo entró de manera triunfal en Jerusalén. San Mateo nos describe que la gente alfombraba con sus mantos el camino por el que transitaba Jesús, llevando en sus manos ramas de palma y olivo, y, aclamándolo: “¡Viva el hijo de Dios!, ¡Bendito el que viene en nombre del Señor Dios!.

Esta entrada “triumfal”, pone en evidencia que Jesús se presentaba como Mesías e Hijo de Dios, salvador del mundo. Una salvación que pasará por el dolor, como nos recuerda el color rojo de las vestimentas litúrgicas. Pero el Domingo de Ramos, con su inocente alegría de ver llegar a un Jesús humilde montado en un borrico, me recuerda otro pasaje de la encíclica *Fratelli Tutti*, del Papa Francisco, que antes cité: “En el mundo actual – escribe el Papa-- los sentimientos de pertenencia a una misma humanidad se debilitan, y el sueño de construir juntos la justicia y la paz parece una utopía de otras épocas. Vemos cómo impera una indiferencia cómoda, fría y globalizada, hija de una profunda desilusión que se esconde detrás del engaño de una ilusión: creer que podemos ser todopoderosos y olvidar que estamos todos en la misma barca”.

El **Lunes Santo** es un día crucial, de profundo significado histórico. Es llamado también “Lunes de Autoridad”, porque conmemora el momento en que Jesús se dirige al pueblo para manifestar la naturaleza de su poder. Este evento sucede después de haber pasado la noche en Betania, en casa de Lázaro. Jesús se dirige a Jerusalén, en dirección al templo, y al llegar lo encuentra convertido en un mercado, donde los comerciantes hablan y negocian sobre sus mercancías; un lugar de rezo y de culto a Dios se había convertido en un foco de avaricia, gula y envidia. Según el Evangelio de San Mateo, Jesús no duda en alzar la voz y pronunciar las siguientes palabras: “Mi casa, casa de oración será llamada; pero ustedes la han convertido en una cueva de ladrones”.

Buena parte del mundo civilizado, el mundo rico que controla los destinos del resto, se ha establecido como una auténtica cueva de ladrones en nuestra historia contemporánea. ¿Acaso los cristianos no tenemos derecho a denunciar a los mercaderes?, ¿acaso hemos olvidado el ejemplo de Jesús? Puedo aseguraros que los últimos informes de Cáritas para nuestro país son demoledores. La injusticia y la desigualdad se han establecido como unas de las normalidades infames de nuestra sociedad. Que la “autoridad” de Jesús nos llene de valor y energía para denunciar a los nuevos mercaderes y exigir la justicia social que todos merecemos, especialmente nuestros hermanos más desfavorecidos. “En nombre de Dios pido una política que trabaje por el bien común”, clamaba el Papa Francisco en un libro que se presentó hace unas semanas en Madrid. Es

obvio que nuestra celebración de la Semana Santa debe tener una dimensión transformadora, tal como la tuvo la actitud crítica de Jesús, cueste lo que cueste.

Durante el **Martes Santo** o Martes de Controversia, según el Nuevo Testamento, Jesús acudió a un mercado público, que es donde estaba la gente, y se puso a predicar. En eso estaba cuando sacerdotes y ancianos le recriminaron que no podía hacerlo porque no era sacerdote, porque no tenía permiso oficial de los jefes religiosos. Por eso fue señalado como “rebelde”.

Esta significativa advertencia a que Jesús no se metiera en problemas es muy característica de todos los poderes del mundo. Ciertamente, si Jesús hubiera reulado, si hubiera comprendido el peligro y mirado a otra parte, hubiera evitado su pasión y su muerte, pero no lo hizo. En mi opinión, este martes de controversia o martes santo, es el martes de la valentía, el martes de la determinación radical por el Reino de Dios más allá de toda amenaza o conveniencia.

Para alcanzar esta determinación, los cristianos no tenemos otra opción que madurar una profunda vida interior, no tenemos más remedio que consolidar nuestra fe procurando la intimidad con Jesús que tenemos a nuestro alcance en la oración. Hagamos del Martes Santo, por tanto, un día para vivir reconciliados. Busquemos la gracia de Dios acercándonos al Sacramento de la Reconciliación, pero no solo para sentirnos en paz y tranquilos interiormente, sino para fortalecer nuestra conciencia de hijos de Dios y alimentar la valentía de anunciar su Reino aunque los jefes del mundo no dejen de amenazarnos.

Llegamos al **Miércoles Santo**, es el último día completo de la Cuaresma previo al comienzo del Triduo Pascual. Este es el día en el que se reúne el Sanedrín, o tribunal religioso judío, con Judas Iscariote para condenar a Jesús.

Este día Jesús no acudió al templo, permaneció en Betania, en una vigilia de oración. Todo lo que había de decir lo ha dicho. La revelación de su identidad es clara. La denuncia del pecado también. Las posiciones de los poderosos (social, religiosa y políticamente) también están definidas. Cristo les dice: “Sabéis que de aquí a dos días será la Pascua y el Hijo del Hombre será entregado para ser crucificado”.

Él sabe lo que va a suceder, sabe el día y la hora. Es consciente de que los clavos van a atravesar su carne. Sabe que su cuerpo va a ser flagelado, escupido, deshonrado y, por fin, llegará una muerte cruel. Lo sabe y no huye. Los jefes religiosos de Jerusalén estaban muy fastidiados con ese profeta que se dejaba llamar Hijo de Dios y que les cuestionaba permanentemente su falta de valores espirituales. Creían que había llegado la hora de sacarse de encima a Jesús de Nazaret, de acusarlo y de hacerlo matar. Y para eso fue necesario contar con la traición de Judas.

En estos momentos previos a la condena a muerte de Jesús, el Señor todavía pudo escapar de allí. Aún no había sido apresado. Las cosas se estaban complicando, se cerraba el círculo, pronto no habría salida. Ante esta experiencia angustiosa, quisiera nuevamente citar las palabras del Papa Francisco, que en cada una de sus cartas encíclicas nos actualiza nuestra fe y nos ilumina para afrontar los retos de nuestro mundo presente, de manera que la celebración de los recuerdos del pasado se conviertan en actitudes con capacidad de transformación en nuestro día a día. “La luz de la fe –dice el Papa Francisco en la encíclica *Lumen Fidei*-- no disipa todas nuestras tinieblas, sino que, como una lámpara, guía nuestros pasos en la noche, y esto basta para caminar. Al hombre que sufre, Dios no le da un razonamiento que explique todo, sino que le responde con una presencia que le acompaña, con una historia de bien que se une a toda historia de sufrimiento para abrir en ella un resquicio de luz. En Cristo, Dios mismo ha querido compartir con nosotros este camino y ofrecernos su mirada para darnos luz. Cristo es aquel que, habiendo soportado el dolor, inició y completa nuestra fe”. Estas reveladoras palabras nos indican que efectivamente contamos con la presencia del Espíritu del Señor en cada una de nuestras dificultades, pero no para evitarlas o superarlas sino para abrazarlas y consumarlas. La luz de la fe no disipa todas nuestras tinieblas, pero nos ayuda a atravesar la noche.

Casi todas las personas aquí presentes consideramos que la Semana Santa comienza o recomienza el **Jueves Santo**. En muchos pueblos como el nuestro no hay procesiones hasta ese día. La gente sale a la calle, recorre las iglesias, acude a ver salir del templo a su imagen predilecta, para acompañarla por las calles y plazas de sus municipios. Si los primeros días de la Semana Santa han tenido un carácter más íntimo y discreto, sobre todo en nuestras zonas rurales, el Jueves Santo podríamos decir que la espiritualidad sale a la calle y verdaderamente se comparte una fraternidad espontánea que se vive en silencio. Creo que todos hemos sentido, en esos atardeceres de Jueves Santo, la densidad invisible de que algo muy importante está ocurriendo, de que la celebración no es un recuerdo del pasado sino algo que se hace presente, que comienza a ocurrir verdaderamente de nuevo, algo cuya significación verdadera estamos lejos de haber comprendido en toda su magnitud.

La Última Cena de Jesús, en la víspera de su prendimiento y condena a muerte, es el acontecimiento más importante para los cristianos. Si su muerte y resurrección tuvieron una consecuencia teológica universal, por decirlo así, la institución de la Eucaristía es el más grande misterio espiritual que se ha quedado con nosotros todos los días, la costumbre de la presencia del Señor en la que hemos crecido desde niños, en la que el mundo puede actualizar en todo momento la realidad palpable de que Jesús sigue a nuestro lado, como nos prometió. Porque antes de la agonía en el Huerto de los Olivos, en Getsemaní, o la traición de Judas Iscariote, antes del apresamiento y las vejaciones, Jesús ya había sembrado la semilla de la eternidad en el corazón de la Historia. Desde aquel momento, la Eucaristía sigue siendo el mayor misterio de la historia, un misterio que seguimos celebrando todos los días en nuestras iglesias, pero que estamos lejos de haber comprendido en la profundidad de su grandeza.

Por ese motivo, en nuestras pueblos se fue formalizando la tradición de lo que conocemos como ‘Hora Santa’, en adoración ante lo que llamamos el ‘Monumento’, que no es otra cosa que el profundo recogimiento en oración y silencio ante la inmensa gracia que se nos acaba de ofrecer, ante el pan sagrado, porque desde entonces somos invitados por Jesús a su última cena, a su nueva cena, a la mesa del banquete de Dios que un día viviremos en plenitud junto al Padre.

También en nuestra tradición cultural permanece la costumbre de visitar siete templos en recuerdo de los pasos de la pasión del Señor, y asistir a los oficios litúrgicos en familia, los padres con los hijos y con los abuelos, unas prácticas piadosas que se han perdido en muchas zonas, pero que aún siguen vigentes en torno a las hermandades y cofradías de muchas zonas de España.

Llegamos a la celebración del **Viernes Santo**. Es el sexto día de la Semana Santa y en él se recuerda la crucifixión y muerte de Jesús de Nazaret. Ya desde los primeros tiempos del cristianismo se formalizó la costumbre de recorrer a pie los lugares de Jerusalén por donde Jesús fue conducido al monte calvario. Para que los cristianos que no podían viajar a aquella ciudad pudieran recorrer simbólicamente el mismo camino, se instituyó el que conocemos como rezo del Vía Crucis, un recorrido devocional por las distintas estaciones de aquel sendero al calvario, desde la sentencia hasta la resurrección.

Este mismo recorrido del Vía Crucis es el contenido del relato de la Liturgia de la Pasión, el relato evangélico con el que la Iglesia rememora este día del Viernes Santo por la tarde, hora en la que murió Jesús, y que congrega a los cristianos en el templo, aunque no se celebre la Eucaristía en señal de luto y ausencia del cuerpo físico del Señor.

El significado de la muerte de Jesús ha sido objeto de innumerables estudios y debates teológicos. La Iglesia Católica se funda en la fe de que Jesús se entregó en la cruz por cada uno de nosotros; la cruz es un signo de victoria: por la cruz “muere la muerte”, porque por ella muere el pecado y sus consecuencias. Se trata de la victoria más grande, sin importar que el mundo la interprete como un fracaso.

Así nos lo recuerda, de nuevo, el Papa Francisco en su encíclica *Lumen Fidei*: “La fe reconoce el amor de Dios manifestado en Jesús como el fundamento sobre el que se asienta la realidad y su destino último. La mayor prueba de la fiabilidad del amor de Cristo se encuentra en su muerte por los hombres. Si dar la vida por los amigos es la demostración más grande de amor, Jesús ha ofrecido la suya por todos, también por los que eran sus enemigos, para transformar los corazones”.

Tal y como María y los apóstoles se retiraron, entre el miedo y la esperanza, cuando Jesús fue finalmente colocado en el sepulcro, y compartieron la intensidad de aquella tremenda ausencia y la incertidumbre de lo que les podría pasar a partir de entonces, la

Iglesia vive el **Sábado Santo** en profundo silencio, pero ya sin la incertidumbre de aquel día terrible, el primer día sin Jesús, puesto que sabemos que Jesús resucitó y que nuestro Sábado Santo es un sábado que sabe a gloria, a la inminente gloria de la víspera de la alegría. Por este motivo, el día del sábado transcurre silencioso, sin misa, sin campanas ni cantos, y culmina en la madrugada de la Vigilia Pascual, el anuncio de la resurrección del Señor, en el que la Iglesia se viste de blanco radiante, encienden todas sus luminarias y anuncia a todos los hombres el inicio de una nueva era histórica y cósmica, la era de la reconciliación definitiva, la era de la salvación universal, el nuevo tiempo al que son convocados todos los hombres y mujeres de buena voluntad en torno al amor de Dios manifestado en Jesús, un Jesús que ya no se encuentra en el sepulcro sino en medio de nosotros.

El **Domingo de Resurrección** supone el inicio de la definitiva presencia de Jesús entre nosotros. Todos tenemos en la cabeza las imágenes de Jesús que procesionan saliendo triunfante del sepulcro, acompañado y aclamado por el pueblo con palmas y cánticos, como ocurrió aquel día de la entrada en Jerusalén, pero ahora es una entrada en el corazón y el alma de cada uno, una entrada para ya no alejarse de nuestro lado.

Dicen los evangelios y el libro de los *Hechos de los Apóstoles*, que Jesús se presentó físicamente en varias ocasiones ante sus discípulos, para confirmarles en la fe y para animarles a predicar la esperanza de una nueva vida. Y este periodo de encuentros puntuales que nos refiere el Nuevo Testamento, culmina en su ascensión al cielo y en la venida del Espíritu Santo, el día de Pentecostés, que verdaderamente marca el inicio del tiempo definitivo de la gracia. A partir de aquí, la presencia interior del Espíritu Santo acompaña y orienta a los hombres de fe, y nuestra relación con Él nos exige silencio interior y oración, para que transitemos por nuestra vida y por nuestra sociedad como auténtico hijos de Dios, hasta que Jesús vuelva en persona, tal como nos anuncia el libro del *Apocalipsis*.

IV

Todos los cristianos de Higuera la Real estamos llamados, como los cristianos de todo el mundo, a vivir esta Semana Santa con la intensidad espiritual que merece un tiempo litúrgico de tan alto significado. Puede que en otros lugares, ciudades importantes o pueblos de un gran patrimonio artístico, los pregones de Semana Santa se suelen orientar a exaltar el fervor del pueblo por sus imágenes, a subrayar las novedades estéticas, la riqueza de sus adornos o el esplendor de las procesiones que transitan las calles congregando a vecinos y turistas en aglomeraciones que vemos en televisión no sin cierta perplejidad. No sé si el espectáculo de masas ayuda o dificulta a la hora de vivir y comprender lo que estamos celebrando. Es un viejo debate en el que no puedo entrar.

Pero antes de terminar sí quiero resaltar, con toda humildad, la presencia y actividad de nuestras hermandades, signos vivos de la fraternidad que une a nuestros vecinos en torno a la presencia del Señor y el recuerdo de aquellos días centrales de su pasión, muerte y resurrección que recordamos especialmente durante la Semana Santa.

La Hermandad del Señor, como sabéis, celebró el tercer centenario del traslado de la imagen del Señor de la Humildad a la nueva iglesia de San Bartolomé, levantada en la segunda mitad del siglo XVII. Dicha Hermandad se formó de la fusión de varias hermandades precedentes, entre ellas, la más antigua, la Sacramental, del año 1600. A esta se unieron después la Hermandad de la Vera Cruz y la Hermandad de los Dolores, y la última en unirse fue del Señor, de la que finalmente tomó el nombre. Las imágenes de esta Hermandad procesional, que ha llegado a tener 1.400 hermanos, siempre fueron portadas por costaleros, que se reorganizaron en 1987, año en el que fueron unos 70. Como vemos, es muy antigua la tradición de esta hermandad, cuyos estatutos de 2003 están actualmente en revisión.

También quiero recordar a la Hermandad del Socorro, cuyos documentos fundacionales datan de 1765, dedicada en aquel tiempo a los Santos Mártires. Parece que se extinguió un siglo después y fue en 1959 cuando el párroco don Antonio Fernández Moreno pudo recuperarla a base de rifas, peticiones y limosnas. El 15 de agosto de 1961 tuvo lugar la refundación del Hermandad. Y en 1997, en la festividad de Nuestra Señora del Socorro, se recuperó el Grupo de Danza, tras 90 años de ausencia.

La Hermandad de Loreto es la construcción más antigua de Higuera la Real, una ermita de origen templario que data del siglo XIII y fue remodelada en el XVI, acompañada de dos singulares personajes, como son “la Mamarracha y Chiripa”.

La Hermandad del Rosario, cuya imagen de Nuestra Señora del Rosario se encuentra en la parroquia de Santa Catalina Mártir de nuestro pueblo, conservando uno de los mayores tesoros de nuestro pueblo, como son las seis tablas del Divino Morales.

A todas estas hermandades de nuestro pueblo, que celebran sus fiestas en nuestro pueblo a lo largo del año, se une la tradicional fiesta de San Isidro, también muy celebrada en toda la comarca.

Baste este breve repaso para comprobar que Higuera la Real tiene desde antiguo una humilde, pero sin duda importante, tradición de hermandades y lugares de culto que tenemos la obligación de conocer y mantener, e invito a todos los vecinos y visitantes a que aprovechemos esta Semana Santa para acercarnos a sus templos a rezar y a conocer nuestro patrimonio, para que nos sintamos orgullosos del legado de nuestros mayores y sepamos transmitir la memoria de nuestras costumbres, de manera que la Semana Santa también sea un tiempo para reforzar la identidad colectiva de nuestro pueblo desde la alegría de la Resurrección del Señor, que nos invita y ayuda a crecer como comunidad fraterna en este mundo tan lleno de problemas, violencias e injusticias.

Que el Jueves y Viernes Santo, cuando salgan nuestros pasos a la calle desde la iglesia del Señor de la Humildad, cuando recorra nuestro pueblo la imagen de Jesús con la cruz a cuestas, la de Cristo Crucificado, la de María Santísima de los Dolores, la de Cristo yacente, engalanados de flores y relucientes de candelabros, portados por sus desinteresado costaleros, acompañados de sus nazarenos de túnica blanca, escapulario y fajín rojo, o de túnica negra y fajín de esparto o morado, cuando todos salgamos a la calle a acompañar a estas imágenes de Jesús y María en el recuerdo de aquellos días difíciles y dolorosos pero intensos y esperanzados, seamos conscientes de que en el mundo sigue sucediendo el drama de la injusticia y la pobreza, la violencia y la desesperanza, y nos unamos como hermanos que somos para pedirle al Señor un mañana limpio de gente perseguida, de violencia, de falsos dioses, como la envidia, la avaricia, el dinero y seamos capaces de ayudarnos unos a otros y cumplir los mandamientos que Él nos dejó y que se cierran en dos: “Amarás a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a ti mismo”.

Me despido dando las gracias, de nuevo, por haberme regalado esta oportunidad que no olvidaré. Como habéis podido comprobar, he citado con frecuencia al Papa Francisco, porque he querido que este humilde pregón sirva de algún modo de felicitación en los diez años de pontificado que acaba de cumplir y de agradecimiento por su valiente labor en la dirección de la Iglesia.

Sean tuyas también mis últimas palabras, tomadas precisamente de la vigilia pascual que celebró en Roma en abril del año pasado: “Con mucha frecuencia –nos dijo el Papa Francisco--, miramos la vida y la realidad sin levantar los ojos del suelo, sólo enfocamos el hoy que pasa, sentimos desilusión por el futuro y nos encerramos en nuestras necesidades, nos acomodamos en la cárcel de la apatía, mientras seguimos lamentándonos y pensando que las cosas no cambiarán nunca. Y así permanecemos inmóviles ante la tumba de la resignación y del fatalismo, y sepultamos la alegría de vivir. Pero, sin embargo, esta noche el Señor quiere darnos unos ojos diferentes, encendidos por la esperanza de saber que el miedo, el dolor y la muerte no tendrán la última palabra sobre nosotros”.

Que vivamos desde la alegría de la presencia continua del Señor. Feliz Semana Santa a todos. Buenas noches. Que Dios nos bendiga.